

El Motín

PERIODICO SATIRICO SEMANAL

AÑO XVII. MADRID 6 MARZO 1897. NÚM. 10

EL MOTÍN

PERIODICO SATIRICO SEMANAL

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

PAGO ADELANTADO

Madrid y provincias, trimestre, 1,50 pesetas.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Número suelto, 5 céntimos.—Atrasado, 10.—Corresponsales, 25 números, 75 céntos. La correspondencia al Administrador de EL MOTÍN. Cincuenta por ciento de rebaja á los suscriptores directos en los libros de esta casa. Almanaque de regalo.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
Fuencarral, 119, pral.

Á LUIS BONAFoux

En París.

Querido Bonafoux: Leo ya muy poco. La lectura, una de mis pasiones, se va estinguendo ¡ay! como alguna otra. Efectos tristes del desgaste intelectual y físico.

No obstante, aún hay firmas que me atraen, y la de usted es una de las que más. De fijo no inspira más garantía al gremio hortelero cristiano la de un banquero judío.

A esto debo el haber saboreado el recorrido que en *El País* le dió usted á Dicenta por la mansedumbre evangélica con que recibe las censuras de los obispos y el brío con que rechaza las de los alcaldes, cual si éstas no fuesen consecuencia de aquéllas.

Quise dedicarle á usted unos renglones en el número de EL MOTÍN inmediato, pero se atravesó el 11 de Febrero con los incidentes que habrá usted sabido, y no se me ha logrado hasta hoy.

Y consignado esto, entro en materia.

Bien se conoce, amigo Bonafoux, que lleva usted algún tiempo fuera de España; de lo contrario no le habría extrañado lo de Dicenta. Casi toda la gente de pluma obra hoy como él: la que aun no se atreve á aplaudir la reacción, le presta la complicidad de su silencio. Cobardía ó cálculo. Hoy la pluma en España, antes que instrumento de fijar ideas, es, para el mayor número, gancho que revuelve basura en busca de monedas. ¡Y si al menos éstas fuesen de oro! Pero ¡quién! Ni de plata. De calderilla, y falsa.

El Bearnés diciendo: «París bien vale una misa,» fué grande en su apostasía: se trataba del trono de Francia. Pero estos desdichados que cantan la palinodia ó transigen con la reacción para comer patatas, y pocas, ¿qué son! Lo diré cuando sepa si existen seres más pequeños que el microbio.

De lo que ocurre ahora y de lo que vendrá pronto, son culpables en primer término los escritores y periodistas que se llaman liberales; esos que, sin creer en nada, tienen siempre la religión en la boca, aparentan creer que la moral es inseparable de ella, y asisten á funciones religiosas de que para sus adentros se burlan; raza híbrida de volterianos místicos, que saca prebendas del liberalismo y provechos del bando clerical.

Si Teófilo Gautier viviera hoy, y en España, escribiría contra ellos una diatriba que eclipsaría la que lanzó á los de su tiempo en el hermosísimo Prólogo de *Mademoiselle de Maupin*; porque si bien se parecen muchos á los tipos que fustigó, hay otros que no pudo sospechar siquiera, y que en lo degradados de jan á aquéllos en mantillas.

No sabe usted cuánto le envidio, amigo

Bonafoux, por vivir lejos de esta tierra que huele hoy á cera, humedad y ratones; donde los poetas han trocado la lira por el piporro, los novelistas se han convertido en sucursales de la Providencia, los autores dramáticos han vuelto á recetarnos moral casera, y los periodistas parecen abates del último tercio del siglo pasado. Escritores republicanos hay que se distinguieron siempre por su escasa ortodoxia, que hoy resucitan leyendas piadosas disculpándose con el estribillo de que son ricos en elementos artísticos; hoja de parra apollada.

Hay algunos, lo mismo entre los periodistas, que entre los novelistas, que entre los poetas, con bastante independencia para no rendir culto al cochino de oro (ya no es becerro); pero callan, por haber caído en la red tendida por los jesuitas de que no es elegante ni de buen gusto atacar el clericalismo; siendo, por lo tanto, fuerza perdida para la gran labor que se nos impone. Y es una lástima. Podrían contribuir poderosamente á la destrucción del edificio levantado por el clericalismo, firme en apariencia, ruinoso y comido en realidad.

Echa usted en cara á Dicenta y á otros el que no protestaran contra el atropello que los clericales cometieron con usted en Madrid hace años, ni contra el que un alcalde con méritos suficientes para ser uno de los dos de que habla Cervantes en el cuento del rebuzno, perpetró hace tres veranos en Santander, secuestrando y echando al carro de limpieza libros de Zola, Balzac, Soulié, Dumas, Campoamor, Extrañi, y de usted, y míos.

Si aquí estuviera, de fijo echaría de menos aquellos tiempos; tanto ha avanzado la reacción. Fué aquello una verdadera desdicha, una vergüenza grande: los que con más calor tomaron la cosa al principio, cedieron al fin. ¡Aquel abogado y aquel procurador que se encargaron de proceder contra el monterilla comillesco!.. Vale más no recordarlos. Y sin embargo, aquellos eran todavía tiempos relativamente decentes. El mismo Extrañi, que sostuvo tan brillante campaña condenando aquel desafuero, hoy no la haría. ¡Pobre Pepe, y malditas las exigencias de la vida que apartan de su camino á hombres como él!

Hambre y miedo: esto es lo que hay en España. La primera casi siempre la hubo; sigue al catolicismo como la sombra al cuerpo; pero el segundo rara vez. Se moría de aquella, pero con dignidad. Hoy se muere también, pero con ignominia.

Calcule usted la lucha que habré yo sostenido, y sostendré aún, teniendo en cada pueblo por enemigos á cuantos se visten por la cabeza, á las que en ocasiones los ven vestirse, á las que aspiran á verlos desnudarse, á los maridos de tales señoras, y en general á cuantos se acogen á sagrado por saber que todavía rige en los templos el derecho de asilo para los criminales; una usted á esto los enemigos circunstanciales que me ha creado mi campaña contra los jefes republicanos, y dígame si no se necesita estar fundido en el molde de los Quijotes, para continuar combatiendo sin vacilaciones ni desmayos.

Por esto, cuando oigo una voz, venga de donde viniere, que, cual la de usted ahora, rompe la monotonía de los cobardes convencionalismos que nos abruma, me apresuro á recogerla y repetirla para infundir esperanza á los que dudan y ánimo á los que desfallecen.

Yo no soy de esos que dudan ni desconfían; hubiera dejado de luchar. No; yo espero ver la vuelta de esos días apocalípticos en que la

justicia aparece disfrazada de injusticia y barre lo podrido á la letrina del pasado; yo tengo cada hora fe mayor en la curación de las enfermedades sociales por el hierro y por el fuego; yo no creo que este postrero y desesperado esfuerzo del clericalismo pueda borrar lo que tanta sangre ha costado á nuestros padres. Por esto lucho sin descanso, y ni aun en los momentos en que miro á todas partes y solamente veo abdicaciones, vergüenzas y apostasías, platos de lentejas solicitados antes que ofrecidos, desmayos inexplicables y cobardías incomprensibles, ni aun en esos momentos penetra la duda en mi espíritu, y eso que el cuadro es aterrador, como verá usted cuando se lo pinte en el número próximo.

JOSÉ NAKENS.

CRÓNICA

¿Se puede?

Es decir, ¿me permite usted que proteste, querido corresponsal de EL MOTÍN en Salamanca?

Pues si usted me lo permite, protesto. Protesto de lo que dice usted en su comunicado del número anterior.

Porque yo no he defendido al rector de esa Universidad, D. Fulano Mamés. Es más, estimado corresponsal: yo no tengo interés ninguno en que el rector Mamés, muy señor mío y exsenador demócrata, sea una persona digna hasta el punto de oponerse á que el señor Cámara, muy obispo de ustedes, se meta en lo que no le importa.

Y lo que no le importa es lo que D. Pedro Dorado, un hombre que vale como cien obispos, explica ó no explica en su cátedra de Derecho Penal.

¿Sabe el Sr. Cámara las doctrinas que expone Dorado?

Dice el Sr. Cámara:

«D. Pedro Dorado Montero sostiene las doctrinas del Determinismo, y que habiendo Nos conferenciado con él, no hemos podido obtener una contestación satisfactoria acerca de sus explicaciones denunciadas, damos por seguro el que dicho catedrático enseña la doctrina que nos manifiestan sus discípulos. Y tales doctrinas, declaramos que envuelven la negación del libre albedrío del hombre, y que el positivismo, destructor de la espiritualidad del alma, y el materialismo, contradictor de la moral y responsabilidad de las acciones humanas, no sólo son groseros errores filosóficos, sino herejías opuestas á los dogmas de nuestra sacrosanta religión cristiana.»

¿Y la doctrina de la divina gracia, no niega también el libre albedrío?

Alfredo Calderón lo ha dicho.

Ya que los profesores no excomulgan á los obispos, ya que no les va ni les viene en lo que los prelados—siempre sabios y virtuosos—piensan; ¿por qué los obispos han de excomulgar á los catedráticos?

Y el Sr. Dorado pudiera muy bien excomulgar al Sr. Cámara. 1.º, porque vale mucho más que él. 2.º, porque tiene igual autoridad y su misión social es la misma.

Dice usted que yo estuve mes y medio en Salamanca y que no sé de la misa la media, es decir, que no conozco eso.

Sí lo conozco, amigo corresponsal.

Salamanca no es Londres, y á mí me sobró tiempo para ponerme al corriente de las cosas de ustedes.

Y sé que hay ahí unos niños góticos que tienen una... Academia que llaman de Santo Tomás de Aquino, en la cual se reúnen á jugar á los sabios y hacer otras travesuras por el estilo.

¿Quiere usted más?

Pues también tuve una conferencia con un joven... sabio, que es de los que más lucen en la Academia, y que precisamente la noche antes disertó sobre el socialismo agrario ó no recuerdo qué cosas.

El hombre tardó en expontanearse, pero al fin se expontaneó.

—Diga usted, ¿qué le parece Dorado?

—Hombre, Dorado... Dorado... ¡pchs! Mire usted, es un hombre... Francamente, no tiene tanto talento como dicen. ¡Oá! Vale más, mucho más otro catedrático que se llama...

Y aquí el nombre de ese catedrático, que debe ser una eminencia, pero que yo no lo he visto al frente de ningún libro, ni firmando trabajos en revista alguna.

Probablemente ese profesor será uno de los fomentadores de la Academia tomasesca, como lo son otros muchos, que á falta de otras cosas más serias, se dedican á hacer la guerra en esa forma indirecta á los profesores liberales.

En Valencia también hay una Academia de la Juventud Católica, porque resulta que los jóvenes católicos son muy aficionados á disfrazarse de académicos.

Las sesiones son una cosa encantadora.

Un niño gótico católico recita una poesía; otro larga un discursito filosófico; y un tercero canta el *Vorrei morire*, música que, como usted sabrá, acaban de componer ahora.

Y por si esto no bastara para amenizar la sesión, un señor profesor de la Universidad, y además diputado de la mayoría, se dispara con un artículo imitando á Luis Taboada, porque el de la mayoría se muere por hacer de Taboada en las sesiones.

Excusado es decir, porque eso pasará también en Salamanca, que en Junio los niños gótico-católicos sacan todos muy buenas notas, y los que se han pasado la Academia por... las narices, suelen naufragar en el exámen.

Lo cual no quita para que unos sean unos memos de solemnidad, y otros unas personas decentes.

En los maestros sucede lo mismo. ¡Hay cada caballero particular en Salamanca y en Valencia!

—Vamo á vé—decía uno de estos últimos á sus alumnos, y lo dice en su libro de texto, que será un atajo de desatinos pero que cuesta doce pesetas;—vamo á vé, ¿usté no sabe á qué se debe la decadencia de Napoleón?... ¡Pué á que Dió le castigó por repudiá á su mujé Jozefina!

¡Oh, el derecho internacional de los profesores cucarachas!

Yo no sé, estimado corresponsal, si en ese circulo infantil de Santo Tomás cantarán el *Vorrei morire*, como en el otro de Valencia, pero crea usted que todas las Academias católicas son una porquería.

J. MARTÍNEZ RUIZ.

IMPUREZAS DE LA REALIDAD

Uno de los republicanos que acaban de pactar la fusión en Reus ha dicho, sin venir á cuento: «que cree más en el ejercicio de los derechos individuales que en la fuerza, por juzgar los primeros más conformes con las leyes de humanidad y de justicia, que es lo que ennoblece al hombre y le coloca en lugar preminente y distinto de los demás animales.»

Respetable es esa creencia, y me guardaré bien de combatirla por lo que tiene de poética y humanitaria; mas no quiero ocultar que me parece un poquillo utópica. ¡Estamos, ¡ay! tan lejos de aquellos hermosos tiempos en que con cuatro trompetazos venían por tierra los muros de las plazas fuertes como Jericó!

A no haber pasado, no sería yo, no, quien le preguntase á ninguno que viniese á la revolución si traía fusil, dinero ó soldados; me enteraría solamente de si traía trompeta, que para el caso era igual.

La maldita experiencia, que ahoga en flor las ilusiones más puras, me ha enseñado que,

desde el principio del mundo, el que ha tenido en su mano la *quijada* ha reventado al otro.

Oigo á lo mejor decir, que lo que la fuerza crea la fuerza lo destruye, y me parece inocente, pues habiéndolo creado la fuerza todo, parecía natural que todo hubiera sido por ella destruido, y no es así, pues que el mundo marcha y progresa.

Líbreme el cielo de afirmar que la fuerza lo es todo; no quiero que me excomulguen los defensores platónicos de la idea pura. Pero séame lícito afirmar que la idea necesita tener á su devoción y servicio la fuerza para imponerse, aun cuando esté modestamente representada por fusiles, cañones, lanzas y sables.

No negaré tampoco que hay palabras mágicas, frases redentoras y discursos demole-dores; mas observaré que, si alcanzan esa virtud, es sólo porque impulsan la fuerza en determinado sentido.

Y añadiré más todavía; que es tal la eficacia de la fuerza, que da el triunfo á los que la poseen, aun cuando la idea que representen no sea la más justa: hablen los campos de Sagunto el 74.

Es una lástima ciertamente, y por ello haré cargos al Supremo Hacedor cuando me ponga al habla con él, que el progreso no se realice al compás alegre del crótalo y el tamboril, y que la vida sea una lucha constante y terrible.

Sí; es doloroso esto de que los discursos de Alcalá Galiano tenga que traducirlos en leyes el sable de Riego; que la idea de libertad no se imponga sino después de la batalla de Alcolea; que la espada de Pavía anule las elocuentes oraciones de los tribunos; todo es muy doloroso.

Mas como no está en nuestras pecadoras manos torcer las leyes de la Naturaleza (y esta de la fuerza es la principal), resignémonos humildemente con los designios del que las dictó, y no tratemos de enmendarle la plana; que sobre ser pretensión heterodoxa, tiene la contra de entregarnos atados de pies y manos á los hábiles que siempre los secundan.

Mas ciñéndome á este caso concreto ¿á qué viene hablar de la fuerza y de la idea? El pueblo pacta la fusión para traer la República; y como sabe que únicamente hay un medio para lograrlo, no empleará otros. Se engañan, pues, los que creen que van á llevarlo á las elecciones por el camino de la fusión, cuando tan claramente se ha declarado contra ellas el 11 de Febrero. Quiere la fusión para ir á la revolución; y si los hábiles lo llaman á las urnas, contestará lo que el baturro del cuento al cura:

—¿Que harías tú si hoy Dios te llamara á juicio?

—Pues no dir.

La fusión es más revolucionaria, quieranlo ó no algunos de los que la pactan, que todas las uniones revolucionarias que pudieran pactarse. Y es más revolucionaria, porque únicamente formando un sólo partido podemos tener confianza los unos en los otros é inspirársela á los que necesitamos que vengan á ayudarnos.

¡HOMBRES, HOMBRES!

Los que se quedan fuera de la fusión, (ó quieren quedarse, que quizás no les sea posible), invocan la muletilla de los principios, de los ideales etc., etc., palabras mágicas, pero que, á fuerza de no servir para nada han pasado al museo arqueológico donde reposa el venerable morrión progresista.

Es una desdicha esto de que ciertas vulgaridades alcancen honores de axiomas incontrovertibles: una de ellas, la de que las ideas lo son todo y los hombres nada.

Creo, por el contrario, que de una idea mediana pueden sacarse grandes bienes, cuando la desarrollan y la aplican hombres de rectos propósitos y gran inteligencia; y que una idea

inmejorable puede no servir para nada, si se encomienda su aplicación á hombres ineptos, por más que sean honrados y virtuosos hasta merecer la bienaventuranza eterna.

Entréguese á un profano el Stradivarius más maravilloso. Por estar en sus manos no dejará de ser lo que es, y sin embargo para nada servirá. Póngase en cambio un violín regular en manos de un buen músico, ó un instrumento deficiente de física en manos de un mecánico excelente, y éste lo hará funcionar á maravilla y aquél sacará melodías deliciosas.

Igual ocurre con las ideas; y si alguien lo dudare, habría que preguntarle cómo, siendo indiscutible la bondad de la republicana, habiéndole las circunstancias favorecido tanto, y contando con tantos adeptos, no ha podido imponerse en los últimos veinticuatro años.

No, y cien veces no; las ideas no lo son todo y los hombres nada; á esta creencia errónea débense muchos de los males que lamentamos, pues nos han impedido fijarnos en que los hombres que han estado y quieren permanecer al frente de las sonámbulas fracciones republicanas, carecen de las condiciones necesarias para hacer triunfar la República.

Y cuando alguien, como yo, ha puesto de relieve las deficiencias de esos hombres, millares de voces se han alzado para gritarle en todos los tonos: «¡Nada de personalidades! ¡Combátase á las ideas y no á los hombres!» otra vulgaridad de á folio, pues no se concibe que en ningún campo, pero en el democrático menos que en todos, sea permitido poner en las nubes al hombre político por sus actos loables, y no lo sea combatirle por los merecedores de censura. O el mérito es exclusivamente de las ideas, ó es suyo en parte. En el primer caso, ¿por qué elogiarlos cuando aciertan? Y en el segundo, ¿cómo no atacarlos cuando se equivocan?

«¡Hombres! ¡hombres!» —exclamaba yo hace veinte años, en un artículo que no me valió aplausos. Y «¡hombres, hombres!» exclamo al cabo de ese tiempo, convencido de que las ideas, por su sola virtualidad, no sirven para imponerse en el momento oportuno.

Si sirvieran, tiempo há que estaríamos en República. Las hemos tenido, y desgraciadamente las tenemos aún, para todos los gustos: desde las absurdas hasta las elevadas, desde las impracticables hasta las hacederas, desde las serias hasta las ridículas. Así nos vemos, sin encontrar remedio que cure el cólico miserere de ideas que estamos padeciendo, y que nos llevará á la tumba si no rompe pronto.

LOS PROGRESISTAS

No quieren renunciar al egoista derecho de decir constantemente:

«Nuestro ilustre jefe... Nuestros salvadores principios... Nuestra gloriosa historia... Nuestra inquebrantable consecuencia»...

Todo eso es muy bonito, muy recomendable, pero está un poquillo anticuado, y desacreditado además por el tiempo que ha transcurrido sin demostrar que sirve para algo.

Cierto es que dentro de la restauración, ha sido el progresista el único partido que se ha sublevado contra ella; aun cuando sería mas justo decir, que ha comprometido al ejército para que lo haga.

Pero que no cita tan á menudo su abolen-go revolucionario, ni nos aturda los oídos con sus sacrificios, para no obligarnos á discutirlos. Muchos ó pocos, grandes ó chicos, el hecho es, que desde Septiembre del 86 en que se sublevó Villacampa, hasta la fecha, nada ha realizado; y partido revolucionario que deja pasar cerca de once años sin hacer nada más que hablar de lo que hizo, paréceme que debería ser menos intransigente.

Y, sobre todo, ya que tanto respetan é invocan la memoria del Sr. Zorrilla y se envanecen de seguir su política, ¿por qué no hon-

arla cumpliendo la que bien puede afirmarse que fué su postrera voluntad? ¿O no recuerdan ya que dijo poco antes de morir, que él plegaría su bandera si los demás partidos lo hacían?

Que contesten á esto, si pueden.

LOS PIISTAS

Tampoco quieren abdicar ni de uno sólo de sus principios, ni cambiar de actitud, ni renunciar á su egregio jefe, ni se avienen á que rijan la Constitución del 69 y las leyes orgánicas del 70 hasta que las Constituyentes den forma á la República.

¡Escrupulosos ciudadanos! Yo os respeto y os admiro. Pero os recuerdo á la vez que con esas leyes y esa Constitución vivisteis el año 73, con cierto vilipendio, esto sí, pero sin hacer otras para sustituirlas.

Y que despues, desde el 75 acá, habéis vivido sujetos á otras muy reaccionarias, sin que ni por distracción hayáis procurado sacudir su yugo.

Cuando se lleva un cuarto de siglo en la inacción ¿no les parece á los inflexibles piistas que es ridículo hablar de ideas salvadoras, que ni impusieron cuando se les presentó la ocasión oportuna, ni despues han utilizado para derribar la monarquía?

Además ¿no recuerdan las endechas que el Sr. Pi ha entonado al partido único? ¿Y como no advierten que, combatiéndolo ahora, demuestran que únicamente lo proponían para dividir, dado que entonces soplaban vientos de unión?

Expliquen esta contradicción, si pueden.

LOS FEDERALES DE LA UNIÓN

Se han separado, ya del Consejo, ya del grupo, Santa Marta, Pérez Costales, Blasco Ibáñez, Menéndez Pallarés, Antón Moras, y no estoy muy seguro de que continúe en él Tonete Galvez.

Y á pesar de esto, siguen con una constancia heroica resistiéndose á entrar en la fusión esos federales, y sosteniendo que la Unión, de que tantas pestes han dicho, es la única panacea salvadora.

En un documento firmado por uno de sus organismos hablan de la fe en sus ideales y de principios que dignifican, con otras frases del repertorio rimbombante, y ponen como nuevos y tachan de ambiciosos á los que proclamamos la fusión, es decir, nos califican del modo que los calificó á ellos el Sr. Pi cuando de él se separaron; llegando hasta sostener que aspiramos á ser jefes los que proclamamos la fusión.

Bueno anda el oficio de jefe para que nadie desee tomarlo; mas recordando que también esto se lo dijo á ellos el que por tantos años los domió, no paro mientes en esa ofensa, (que ofensa es decirle hoy á un republicano que aspira á jefe), y me limito á rogar á esos adoradores del ideal, que disuelvan su microscópico grupito; y si no quieren venir á la fusión, que tornen sumisos al Sr. Pi, que quizás se digne recibirlos, aun cuando también pudiera ser que no.

Los principios son cosa muy sublime y respetabilísima; mas como ahora se trata de otra cosa más vulgar y más prosaica, traer la República, quédense ellos con sus principios mientras nosotros proenramos que venga.

Y no hay necesidad de reñir por esto.

LOS PROGRAMAS

En el vapor *Don Alvaro de Bazán* llegaron últimamente á Cádiz 504 soldados; 125 padeciendo de tisis, 130 de anemia, 113 de paludismo, 69 de disentería, 12 de reuma, 46 de varias enfermedades y 15 heridos.

Murieron y fueron enterrados en Puerto Rico dos, y durante la travesía fallecieron y fueron arrojados al mar 13.

En vista de esto, me explico perfectamente la resistencia de algunos republicanos á entrar en la fusión.

¿Qué prisa corre llegar á entendernos, para que venga pronto la República y acaben con ella las dos guerras que nos desangran y aniquilan?

Nada, cansecuentes ciudadanos; no cedáis. Que se salven vuestros principios, aunque las madres todas estén de luto. Perezca España, antes que renunciar ninguno á vuestro programa.

Cierto que habéis vivido sin aplicarlo durante veinticuatro años, sufriendo los que la monarquía ha tenido á bien imponeros. Pero ¿transigir ahora para que venga la República? ¡Oh, esto os deshonraría políticamente!

¡Adelante, adelante con ellos!

CUCARACHERÍAS CARCAS

De un periódico cacatólico de Lerida:

«¡Qué horror!—Refiere un periódico que en cierta ciudad de España ha ocurrido el siguiente hecho: Había entrado en calidad de sirvienta en una casa, al parecer de personas muy decentes, una joven aldeana. Al principio nada de particular notó en sus amos, pero al poco tiempo hubo de llamarle la atención que todos los días, despues de comer, llegaban á la casa algunos amigos y se recogían en cierta habitación guardando riguroso silencio. Picada por la curiosidad, la muchacha se atrevió un día á mirar por el ojo de la cerradura, y lo que vió le causó tal horror, que no acertaba á darse cuenta de la realidad de lo que estaba viendo. Pegada á un poste veíase la Hostia Santa, y los individuos de aquella indigna y satánica reunión, cada uno con un alliler ó un cuchillo en la mano, alternaban la ceremonia de aquel acto.

Esto parece increíble si no supiéramos el odio que la secta masónica profesa al Santísimo Sacramento de nuestros altares.»

Esto haría reir por lo clerical, es decir, por lo burdo y grosero, si no llevase la idea de escitar el fanatismo de los zulús que oyen misa en beneficio del fantoche de Venecia.

Como se ve, el clericalismo no descansa en su empeño de promover la tercera guerra civil.

Para evitarla, se me ocurre lo que expreso en el artículo siguiente.

EL MAL Y EL REMEDIO

En el Instituto de San Isidro se repartió hace días una hoja excitando á la juventud en sentido carlista. El que la repartía recibió de los estudiantes algunos cachetes.

Mucho se van propasando los carcas; tantas alas les ha dado la restauración.

Conviene estar alerta é irse acostumbrando á esta idea, que debemos poner en práctica.

El día que se sepa que la más pequeña partida se ha levantado en España, estemos en República, estemos en monarquía, ¡á los conventos, asilos, colegios clericales, viviendas de presbíteros, asociaciones religiosas, sacristías, etc., etc.!

¿Con qué objeto? Con el que cada ciudadano crea el más conducente á evitar que sus moradores ayuden á los facciosos, y con el de recoger de paso las armas, municiones, uniformes y alpagatas que tengan depositadas. La misma visita se hará á las casas de todos los vecinos reconocidamente carlistas.

Y si á pesar de esto la guerra civil continuase, (que lo dudo) ya iríamos inventando específicos parecidos para acabar con ella.

Y para que se vea si somos nobles y decentes, se lo avisamos con tiempo á los interesados para que se echen al campo en un día, único medio de salvarse, y para que vayan enagenando sus bienes, único medio de no perderlos.

Porque esta vez no será como las anteriores: al primer chispazo por su parte, debemos responder con diez incendios; á cada robo suyo, con cien embargos de bienes; á cada asesinato, con mil actos de justicia.

Convencidos de que este procedimiento ahorra sangre y dinero, hay que apelar á él desde los primeros instantes, hasta por caridad y economía.

El día que esta idea penetre en el cerebro de todos los liberales, y se resuelvan á ponerla en práctica, pueden los carlistas echarse al campo cuando quieran.

OBRA NUEVA

VIENTRE Y CEREBRO

POR

JULIO LERMINA

Versión castellana.—50 céntimos.

Véase lo que dice *Las Dominicales* de ese notable folleto, que se vende en la administración de EL MOTIN:

«Es un folleto original y osado que ataca el romanticismo idealista, para llevar la atención hacia el fin más indispensable á la vida, que es alimentarse y nutrirse.

En medio de esta tendencia, que parece prosaica, el espíritu del autor es harto más idealista que el de los clérigos, pues que defiende la emancipación de las conciencias y la fraternidad de los pueblos. Los clérigos llenaban de idealismo el cerebro de los hombres, pero llenaban su vientre de material de despena y de bodega. El autor de este folleto quiere que el vientre del pueblo se llene como el de los clérigos, y en cambio que el cerebro de los clérigos se alimente de idealismos, dejándoles vacío el vientre.»

Una advertencia se le ha olvidado al querido colega: que tanto á sus lectores, como á los de todos los periódicos republicanos, se les dará el folleto á 25 céntimos.

COSILLAS

Dice un colega republicano defendiendo la celebración de banquetes, veladas y *meetings* de propaganda, que, de algunos millares de adeptos, el socialismo alemán ha hecho por este medio en cortos años una masa de más de dos millones.

¿Prueba algo la estadística? Pues allá va la mía:

Celebrando *meetings* á porrillo, y veladas á montones, y banquetes á millares, el partido republicano ha perdido casi todas las masas obreras, ha visto desertar individualidades importantes al campo monárquico y ha obligado á muchos republicanos á retirarse de la política activa.

Lo cual lleva lógicamente á una de estas conclusiones: ó lo que produce efecto en los países fríos no sirve para los cálidos, ó la idea socialista mata la republicana, ó las estadísticas jamás prueban nada.

A elegir.

Y me pregunto:

¿Hubiera yo censurado al Gobierno, si me agarra á todos los tipos sospechosos que se han vestido de mujer durante el carnaval, ó á los que, yendo de hombres, presumían de escote ó pantorrillas, los lleva al cuartel de la Montaña, los pela, les pone el uniforme de soldado aun cuando resultara una profanación, los mete en el tren al otro día, y los embarca despues para Cuba?

No lo hubiera censurado, antes lo habría aplaudido; y más sí por telégrafo da la orden de que al llegar los hubieran llevado á la manigua y colocado en la vanguardia.

La bala que en sus cuerpos se hubiera incrustado, habría prestado un gran servicio á la decencia, la seriedad y la virilidad de este país, que de quince ó veinte años acá está haciendo méritos para que llueva fuego del cielo sobre él.

¿Qué degeneración, qué degradación y qué asco, desde que la reacción clerical domina!

El Correo, periódico monárquico y sagastino:

«Estamos ya todos en el secreto de que la conti-

nuación de esa cuenta (la de los gastos de Cuba), no se publica porque no hay valor para arrostrar que se vea en la *Gaceta*:

1.º Los gastos enormes hechos en el segundo semestre de 1896.

2.º La torpeza inaudita con que se arbitraron los recursos para satisfacer dichos gastos, y

3.º La distracción de grandísima parte de estos recursos de su legítima inversión.»

Ruego á mis lectores que vean si encuentran, ni aun leyendo entré líneas, una pizca de moralidad en esas que he copiado; yo no he tenido esa fortuna.

Leo en *El Duende* de la Coruña:

«Un conocido y muy distinguido republicano de la Coruña—togado él—se presentó á S. E. R. el Arzobispo de Santiago en el convento de Capuchinas, para abjurar de los errores que ha predicado y escrito.

Sometió al mismo tiempo á la censura del Prelado todas sus obras históricas.»

Suplico al democrático colega que me diga el nombre de ese mamarracho, para sacarlo á la vergüenza pública.

Pero ¿qué digo? ¿Sacar á la vergüenza á quien obra así? Ni aun encomendándose á Santa Rita podría lograrse.

DISPAROS

Ha fallecido en Málaga don José Figueras, hijo mayor del inolvidable D. Estanislao.

Le esperaba un porvenir brillante por su talento, su buen juicio y su caballería: hubiera honrado la memoria de su padre.

Reciba su familia nuestro pésame. La desgracia ha sido tremenda.

¡Pobre joven!

En la calle de Calatrava en Valencia existe una capilla evangélica.

Venían introduciéndose en ella varios católicos y armando pequeños alborotos, pero el de hace tres domingos fué monumental.

Comenzaron á rebuznar de tal suerte, que hubo que suspender la ceremonia y tuvo que descender el pastor de la tribuna.

Por la tarde volvieron (pues lo dicho fué por la mañana), quedándose algunos á la puerta para guardar las espaldas á los que maniobraban dentro.

Los transeúntes se enteraron, pusiéronse de parte de los atropellados, y entonces los católicos huyeron, soltando un cohete dentro de la capilla.

¿Y las autoridades? Por esta vez hay que elogiarlas: han mandado esclarecer el hecho.

Lo necesario ahora es que no haya cobardías, para evitar que venga el empastelamiento; diga cada cual lo que sepa del asunto, y que vayan á presidio los que lo merezcan.

Hay periódicos republicanos que se creen que todo se perderá si no se siguen celebrando banquetes, veladas y meetings.

¿Y qué es todo? ¿No habíamos convenido en que no tenemos nada de lo que hoy se necesita para procurar el triunfo?

¡Oh inagotable afán de charlar y comer fuera de casa! ¿Si triunfarás al fin, á pesar de las majaderías que inspiras y las indigestiones que proporcionas?

¡Triste cosa será, pero posible!

La mayoría de la prensa pide compungida y llorosa dinero para continuar las obras de la catedral de Sevilla.

El Espíritu Santo llama á los cuerpos de los cristianos templos vivos de Dios.

En toda España, y en Andalucía más que en otros comarcas, se derrumban á diario centenares de esos templos vivos.

¡No sería más justo, más humano y más cristiano (si es que esta palabra no significa ya odio al prójimo), acudir á esos templos antes que á los de piedra?

Someto el problema á las personas de juicio recto, es decir, á las que no sepan teología, y estén, por lo tanto, en condiciones de ser imparciales y decentes.

Varias mujeres del pueblo organizaron en Alcoy una cuestación para los heridos de la guerra. En la redacción de *La Revista Católica* ni las recibieron siquiera.

Se comprende. Están ahorrando para proveer de fusiles á los suyos.

Que perezcan los heridos. El primer deber de los

clericales es ponerse en condiciones de herir al mayor número posible de individuos del bando liberal, con los fusiles que les proporcione el dinero que les dan esos mismos estúpidos.

En Trebujena una mujer ha dado á luz dos niños adheridos por el vientre.

Como quien dice, el núcleo de un futuro partido monárquico, ó de una nueva orden religiosa.

Al limpiar los fondos del acorazado *Carlos V*, se vió que tenía adheridas al casco treinta y dos toneladas de ostras.

Lo mismo nos ocurrirá á nosotros al día que tengamos que proceder á limpiar revolucionariamente el casco del buque España ¡Sin moluscos que tiene adheridos!

El Monte de Piedad va á aumentar sus sucursales.

¿Si hará negocio, gracias á las innumerables fuentes de riqueza pública abiertas por la restauración?

El porvenir es de los usureros, más ó menos disfrazados de benéficos.

Ha venido á Madrid una Comisión de sevillanos, á gestionar del Gobierno que facilite medios para construir diques que contengan los desbordamientos del Guadalquivir.

Pero qué, ¿no sirven para impedirlo los santos y las reliquias milagrosas que se veneran en la ciudad? ¿Ni los rezos y las plegarias de esas gentes que dicen tener tanta influencia allá arriba?

Entonces ¿por qué no se emplean en meter en cintura al Guadalquivir los cuartos que les dan? Dejen de dárselos un par de años siquiera, aplíquenlos á esa obra, y no volverá á molestarlos el río.

Por haber dicho un anciano ¡mueran los frailes!, lo han llevado á la cárcel en Coria, le han impuesto 100 pesetas de multa, y no sé si lo echarán á presidio. El infeliz acaba de pasar por el dolor de ver salir á uno de sus hijos para Filipinas, á verter su sangre en defensa del territorio comprometido por la frailería.

Corta me parece la pena, y ya puestos, deberían haberle ahorcado. Aparte que poco se perdería. Habiendo contribuido desde que nació al sostenimiento de las cargas públicas, dado sus hijos á la patria, y hallándose viejo ¿qué tiene que hacer ya en este mundo?

«¡Mueran los frailes! ¡Mueran los frailes!» No negaré que el grito es simpático; pero vamos por esto á tomarlo como estribillo? Si llegara la ocasión, cada cual vería por donde tiraba, como ocurrió el 35. Hasta tanto, protesto contra ese grito subversivo.

Don Manuel Fernández Mazuecos ha muerto en Talavera de la Reina. Habiendo sido Corresponsal de *EL MOTIN* desde su fundación, no por lucro sino por contribuir á la propaganda de las ideas que profesaba, hemos podido apreciar cuanto valían su honradez, su desinterés y su constancia.

Fué uno de los pocos de quienes puede hoy decirse con justicia: «Cumplió con su deber.»

Sigue preso en la cárcel de Barcelona el periodista Tudury de Pons, á pesar del último indulto, y sometido al mismo trato de los criminales empedernidos.

El se tiene la culpa. Hubiera sido redactor de un periódico de gran circulación, y ya estaría en la calle.

Ya se convencerá, sino lo está aun, de que la igualdad ante la ley es una filfa.

Continúa preso en Bilbao, por causa que le sigue la jurisdicción militar, el director de *La Lucha de clases*, don Valentín Hernández.

Tienen mucha razón los periódicos socialistas que se quejan de que la prensa calle sobre esto.

Repito aquí el comentario del suelto anterior.

El director de *La Verdad* de Algeciras, Sr. Sánchez Osseti, ha sido condenado á ocho años de prisión por un Consejo de guerra.

Como no pertenece á un periódico de gran circulación, apenas se ha fijado la prensa en ello.

¡La justicia! ¡palabra elástica!

MANOJO DE FLORES MÍSTICAS

Murió en Palencia un pobre albañil y no se encontró cofradía ni hospital que prestase gratis una caja para conducirlo al cementerio; y á no ser por una persona que se enteró á última hora, y lo evitó, hubiera sido llevado sobre una escalera.

Esta noticia justifica y avalora la de que el obispo de aquella diócesis se ha asociado con las señoras de mejor posición para perseguir la blasfemia é impedir el trabajo en los días festivos.

Teniendo los pobres asegurado el entierro, con su escalera y todo, cuando se mueran de hambre, ¿cómo permitirles que blasfemen del Dios misericordioso que así vela por ellos, ni cómo consentir que trabajen los días festivos ganando en los demás lo suficiente... para no comer?

Vengan medidas de éstas, y el problema social quedará resuelto, y los púdicos oídos de los obispos y de las señoras de buena posición estarán tranquilos sin temor á repercutir blasfemias que son ayes casi siempre, cuando no desesperaciones terribles, ó malos hábitos que no han podido desterrar tantos siglos de catolicismo.

Lo cual prueba que, ó la blasfemia es inevitable, ó que los curas para nada sirven.

¿Cómo tratarán los carmelitas á los trabajadores del convento que levantan en Tarragona, cuando se han declarado en huelga?

Al revés de como se tratan ellos; haciéndoles trabajar mucho y pagándoles poco.

O son frailes ó no lo son.

Quéjase el *Boletín Eclesiástico* de la diócesis de Valencia de que los curas paguen en los pueblos contribución de consumos.

Y con muchísima razón se queja. Siendo ellos casi los únicos que consumen ¿por qué han de pagar? Que paguen los jornaleros, que son los que nada consumen por el vicio que han adquirido de ahorrar...

Comidas.

Por poco no le pega un cura de Alicante á la infeliz mujer que fué á pedirle gratis una partida de bautismo para librar de quintas á un hijo suyo.

Y hubiera tenido razón: aquello fué insultarle; ¿ó ignoraba la mujer que pedirle á un cura un favor es ofenderle?

Mucho amor al prójimo, mucha abnegación, pero antes que todo eso, cobrar... hasta los sacramentos y sus resultados.

Abrir las puertas del cielo es una ganga muy grande, para concederla así de bóbilis bóbilis.

Tres impecables sacerdotes (uno de ellos ya en la gloria) falsificaron el santo sacramento del matrimonio en favor de un jefe del ejército durante la última guerra civil, á fin de que pudiera alcanzar los favores de una garrida posadera. Se ha sabido ahora por los incidentes de una causa que acaba de verse en la Audiencia de Valladolid.

¿Galeotos místicos? Pistonado oficio.

El Padre Tarín ha barbarizado por el puente de Vallecas, repartiendo á las beatas escapularios carlistas de esos en que se lee: ¡Detente, bala: el corazón de Jesús está conmigo!

Una proposición á ese jesuita, para saber si tiene fe en tal escapulario. Cúbrase de ellos desde la cabeza á los pies, y permita que dispare sobre su persona cualquier aficionado á eliminar loyas.

Si acepta, aviseme, que yo le proporcionaré el aficionado.

POR FIN

A la hora de escribir estas líneas, están reunidos los individuos de la Junta Central de la difunta Unión republicana.

Cuando se reparta el periódico, supongo que estará ya enterrada.

Iba á dedicarle un ¡descanse en paz!, y me retraigo. Quien no hace nada ¿cómo puede cansarse? Y la Unión nada ha hecho.

Limitome, pues, á exclamar:

¡La Unión ha muerto! ¡Viva la fusión!

BIBLIOGRAFÍA

Higiene popular dental. Con este título ha publicado el dentista D. Tirso Pérez un libro que contiene muchos consejos higiénicos para conservar la dentadura.

Es de gran utilidad y se vende á peseta en casa del autor, Mayor, 59, y en las principales librerías.

CIENCIA Y RELIGION

POR

MALVERT

con 85 grabados en el texto.

Precio 2 pesetas.—1 para los lectores de *EL MOTIN*

Imprenta Popular, Plaza del Dos de Mayo, 4.